

desguarnecer las Argonas que defendían á toda Francia para defender solamente á París. Y aún le parecía mayor demencia molestar un enemigo, á quien no molestaba de suyo la naturaleza, y no le dejaba vivir. Retroceder á París era entregar á Francia; molestar los aliados era comprometerlo todo; cada día que iba pasando, se trastrocaba en una derrota del alemán y en una victoria del francés, por lo cual, dejándole, después del encuentro de Valmy, una octava en el sitio donde á la sazón tenía su campo, el prusiano había de irse por fuerza ó de grado, y él había de cumplir aquella célebre sentencia que dice: «Al enemigo que huye, puente de plata.» Así tenía razón el escritor Sillery escribiendo al gobierno francés las siguientes palabras: «Esta campaña de los ejércitos revolucionarios es la más inteligente y la más hermosa campaña que Francia hiciera nunca; no debe haber vacilación alguna en las recompensas; hay que dar á Dumouriez el grado de mariscal francés, borrando así toda veleidad de competencia entre los jefes, porque sólo él ha desoído cuantas órdenes le han enviado y cuantas advertencias le han hecho sobre su reconcentrado pensamiento y sobre su firme propósito, consiguiendo, entre opiniones tan diversas, la salud y la redención de Francia.» Con efecto, el 29 de Septiembre comenzó la retirada de los prusianos, en las peores condiciones posibles. Dióse la orden de marcha la noche que medió entre la jornada del 30 de Septiembre y la jornada del 1.º de Octubre; movióse con suma lentitud y con suma pena el ejército. Sus trenes y sus bagajes servíanle tan sólo de atroz impedimenta. En una marisma iban poco menos que ahogándose aquellos vistosos militares de las guerras monárquicas. El gran poeta germánico, presente como ya sabemos en tal desastre, comparaba los soldados del Faraón prusiano en las lagunas francesas con los soldados del Faraón egipcio en las aguas del Mar Roja. Pues á tantos y tantos desastres uníanse infinitas enfermedades, fiebres, tercianas y cuartanas horribles. El invasor tuvo que dejar sus enfermos confiados á la humanidad del invadido. En este momento supremo, cuando todo parecía invitar á un ataque y á una temeridad, conservó Dumouriez el imperio y el dominio sobre sí mismo. Y como lo conservó, no quiso arriesgar un soldado en tristes é inútiles batallas de retaguardia, guardándolos para la guerra de propaganda democrática y de inmediata emancipación europea con que soñaba por aquellos días su genio incomparable. Pudo aplastar el ejército prusiano, pero si lo aplastaba, creía quitarle un enemigo al Austria y un amigo á Francia, enemistad y amistad indispensables en los futuros incidentes de una política tan incierta como la política universal en aquel crítico período. Para cubrir las apariencias hizo como que molestaba pisándole los talones al enemigo que huía, pero en realidad lo dejó huir, con lo cual pudo mostrar al mundo que Valmy no fuera, según creían muchos, un simple cañoneo, que Valmy fuera un verdadero triunfo. «El Rey de Prusia y Bruswik, decía un jacobino, amenguan mucho el orgullo manifestado en sus proclamas violentas, reconociendo la soberanía consustancial con la nación francesa y

confesando el derecho indudable de ésta hoy á darse la forma de gobierno que le cuadre.» Así Dumouriez pensaba, después de haber conjurado la coalición europea, emprender una guerra de propaganda en Bélgica, no solamente para guarecer con esta línea de defensa inapreciable su patria, para quitar el poderío inmenso que gozaba con estos dominios Austria en el centro de Europa, tentando con tales ventajas á la eterna enemiga de Austria, es decir, á Prusia. Con efecto, Prusia nunca hubiera crecido ni llegado á reino independiente, si Austria no pierde parte de su poder en Europa. Y Austria no hubiera visto disminuido su poder en Europa, si Francia no auxilia con todas sus fuerzas á Prusia en los conflictos con Austria. Francia comprendió lo mismo al fundarse la república de Holanda, que al moverse las campañas de religión, que al escribirse la paz tras la guerra de los treinta años, que al presentarse Federico el Grande con sus huestes ante Maria Teresa, como las naciones nuevas germánicas no podían brotar y vivir sin su auxilio y se lo prestó todo entero sin reservas y sin limitaciones de ningún género. Por consecuencia, en esta hora suprema Dumouriez acertaba, requiriendo fraternal amistad de los que habían hecho la revolución religiosa para con aquellos que habían á su vez hecho la revolución política. Y como quiera que la revolución religiosa y la revolución política tuvieron que atacar la grande y secular organización europea, y esta grande secular organización europea, no tuviese más clave que la corona de Austria, contra la corona de Austria debían dirigirse aquellos soldados prusianos y franceses, identificados en la revolución, pues si los unos llevaban en sí las premisas religiosas, los otros llevaban en sí las inmediatas é inevitables consecuencias políticas. Así es que al llegar el enviado austriaco Spielnanss á Luxemburgo el 26 de Septiembre y enterarse de lo que pasaba, parecióle todo ello una madeja tan difícil, que se limitó á sustentar los intereses de su señor como Dios le diese á entender y á salir de aquel mal paso del modo más feliz que pudiera. Por ella no se metió en dibujos inútiles y en libros de caballería fantásticos, limitóse á una simple demanda de indemnización, creyendo que se trataba de acelerar el término de aquella guerra, y con Francia entenderse hasta el punto de contentarse con una cuasi libertad, más ó menos aparente para el Rey. Aumentaron los recelos y sospechas de Austria, los rumores difundidos entre realistas y coligados de que Prusia los traicionaba. El Príncipe de Reuss, reaccionario fundamentalmente, como los hermanos de Luis XVI, no las tuvo todas consigo, y demostró al Rey prusiano que lo creía en sus adentros cómplice de la revolución y de Francia. Pero no caían todos aquellos murmuradores y recelosos en la cuenta de que Austria y Rusia se aprovechaban del horrible fregado en que habían metido á Prusia para engrandecerse á sus expensas. Mientras caballerescamente, por la noble causa del Monarca y del clero francés, peleaba como un cruzado el Rey de Prusia, los otros dos déspotas hacían lo posible y lo imposible para con sus dominios juntar, no sólo en el Norte los despojos de Polonia, en el Centro Baviera



misma, concitando iras prusianas, á las cuales el Rey no podía sustraerse por combatir la democracia y la libertad en Francia.

Verdaderamente admirable la conducta de Dumouriez en esta crisis, combatiendo mientras negociaba y negociando mientras combatía, sin dar ocasión á retroceso ninguno y en servicio completo de la libertad y de la patria. Al considerar proceder tan meritorio, no debe maravillarnos la desbandada completa de sus enemigos, los cuales no sabían á qué carta quedarse respecto de aquel hombre, tan superior en la estrategia como en la intriga. Por esta superioridad, en tanto que sus tropas se disciplinaban con más rigurosa disciplina, los enemigos de Francia se disolvían en una irremediable disolución. Así, el soberano de Hesse, conociendo los movimientos ofensivos que una parte del ejército francés, mandada por el general Custine, dirigía contra el Rhin, se despidió del Rey, como solían despedirse los señores feudales de sus respectivos supremos imperantes, marchándose con celeridad y á marchas dobles á la defensa de su territorio y de su Estado. Y con esto pedía el Austria su contingente, los hombres reunidos bajo la bandera del prusiano, para defender por su parte los Países Bajos, amenazados de la revolución francesa. Estos treinta mil soldados austriacos parecían un hospital ambulante: todos ó casi todos estaban enfermos. Así, dejaban tras su paso una hilera de moribundos, cuando no de cadáveres. Y lo peor no era esto; lo peor era que tantas miserias como sufrían los concitaban á la indisciplina, y esta indisciplina les inspiraba y sugería el incendio, el degüello, el saqueo, la matanza. Mientras tanto, las tropas revolucionarias de Francia y las tropas realistas de Prusia, en retirada éstas y picándoles su retaguardia los franceses, continuaban su táctica de combatir y negociar. El generalísimo prusiano insistía en que sus proclamas intransigentes más obedecían á la retórica que á la realidad; y el general francés insistía por su parte, con su habilidad superior, en que necesitaban irse por completo del suelo nacional los invasores pronto, si habían de entenderse alguna vez con los invadidos. Así, el ejército invasor iba poco á poco retirándose, y el ejército nacional rehaciéndose y rehaciendo la patria. Un destacamento enviado por el general francés recuperó á Verdun; y esta recuperación mostró cuán verdadera y cuán profunda la victoria francesa en los desfiladeros de las Argonas y el molino de Valmy. A 12 de Octubre, año 1792, los prusianos evacuaron Verdun, poseyéndolo de nuevo los franceses, entre la general alegría de todo el pueblo, que consideraba establecida ya la nacionalidad sobre sus incontrastables fundamentos democráticos. No podían suceder tantos hechos favorables á Francia y desfavorables á Prusia, sin que se resintiera esta gran potencia, sobre todo, sin que se resintiera su ejército. Así, á medida que se acercaban los prusianos á la frontera, convertíase en derrota, y derrota irreparable, su triste retirada. La mitad de su caballería tuvo que desmontarse, muertos por hambre los caballos. La carretería de municiones y de provisión quedó atascada en los barrizales de las marismas. Para poder marchar con

un poco de desembarazo y poder evacuar el suelo francés por completo, necesitó pactar otro armisticio verbal, y saber que no le picaría el enemigo la retaguardia ni le pisaría los talones. Pero este armisticio no se pudo conseguir sino á muy buen precio; y este precio no pudo ser otro que la rendición de Longwy. Ganaron, pues, tal plaza los franceses con simple rasgo de pluma, y pusieron un tramo nuevo en su puente de plata, por cuyos espacios se partía el enemigo. «Donde no hay harina todo es mohina». Y como, ni un solo hecho favorable sonreía á la coalición monárquica, los coligados reñían, en términos de que muchas veces, creyóse que iban á las manos. Así, el Rey prusiano enderezaba epístola bien triste á Catalina de Rusia, notificándole que todo cuanto de malo y adverso le sucedía, dimanaba de la grande penuria en que vivía su ejército, necesitado de subsidios para una guerra, en la cual no tenía el gobierno prusiano interés ninguno político, y el Rey de Prusia, por su parte, no tenía tampoco ningún interés personal. Por manera que mientras las discordias reinaban entre austriacos y prusianos, las concordias reinaban entre prusianos y franceses. El general de estos últimos declaraba no ser posible trato ninguno mientras los prusianos hollaran el territorio francés. Pero, una vez evacuado éste, las alianzas entre Prusia y Francia se imponían, para quitarle al Austria los Países Bajos, tan injustamente poseídos, y detenerla en sus ambiciones respecto de Polonia, encaminadas todas ellas á malherir y mermar los intereses prusinos. Así, los emigrados acusaban altamente al Rey de Prusia y á su corte de traidores para con la coalición monárquica en que tan copiosas esperanzas librarán. Idos á Francia de fiesta y holgorio, creyendo llegar y vencer, volvíanse de Francia malheridos, maltrechos, con los huesos rotos, llenos de miserias, hambrientos, desesperados, gritando que iban desnudos y que se pasaban en ayunas la mayor parte de aquellos nefastos días; castigo tremendo, así de sus culpas sociales como de sus traiciones á la libertad y á la Patria. Para mayor desgracia, en aquella retirada convenida entre Prusia y Francia, perdonaban los franceses á los prusianos; pero gozábense aún en perseguir, martirizar, poner en las puertas de la muerte á los infames emigrados. Creyeron éstos una mera formación feudal, un alarde caballeresco, un escarceo político la guerra cuando violaban á su propia madre la Patria. Y se volvían rotos, sin alimentos y sin vestiduras; por toda tienda un cielo que diluviaba; por toda cama las palúdicas lagunas; más atormentados que las restantes tropas coligadas; y cuando los aspeadísimos, los retrasados, incapaces de dar un paso, se alejaban del núcleo de sus compañeros, caían pasados á cuchillo sin piedad por la gente campesina en armas que combatía los flancos y la retaguardia de aquella infame invasión. Pero no hay enseñanza que valga en el ánimo de los intransigentes y de los fanáticos. A medida que los hechos incontrastables les revelaban su perdición y su ruina, emperrábanse más ellos en sus procedimientos, en sus creencias, en sus tristísimas supersticiones. Vencidos, amenazaban á los que habían sobre sus personas triunfado; fugitivos, asegura-



ban que volverían pronto en triunfo para disponer según sus antojos de Francia y los franceses. Su retaguardia fué á cada paso atacada por las tropas regulares revolucionarias, que los exentaban de sus armisticios, y por los campesinos, que no podían verlos sin amontonarse contra ellos y enfurecerse con rabia verdadera. La verdad es que, por su parte, no desistían ellos de la crueldad nativa en los señores feudales. Diríase recobraban en aquella ruina de todas sus instituciones su fiereza natural aquella, con la que por tanto tiempo azotaron á Europa las carreras de los nobles en manadas parecidas á manadas de lobos. Así los jefes suyos prohibieron dar cuartel á los presos y arrasaron todas cuantas aldeas toparon en su paso. Pero estos extremecimientos de última hora y estos inútiles crueles desquites no sirvieron para otra cosa que para el aumento de sus increíbles desastres. Las represalias tomadas por los campesinos llegaron á tales extremos que muy pocos emigrados sobrevivieron á la demente irrupción, en que imaginaron conseguir una inmediata victoria y tornar á su antiguo poder omnímodo. Así desahogábanse hablando mal de los aliados y atribuyendo sus desgracias á traiciones de los que debían socorrerlos y salvarlos. Al rey de Prusia pintábanlo, después de haberle concedido en sus adulaciones el título enfático de Agamenón moderno, como un cerdo en todos los vicios revolcado, como la hidra del Apocalipsis capaz de todos los crímenes. Y no hablemos del concepto que les merecía el duque de Brunswick. Su filosofía parecíales un sofisma, su caballerosidad una farsa, sus promesas un embuste, su existencia una sentina, su valor una fábula, su honradez un mito y sus cacareados servicios una serie de infamias que hacían ruborizar al más perdido de todos los canallas existentes y posibles. No se mordían la lengua en la difusión de calumnias soeces; pues, según el pensar y el sentir de los emigrados, Brunswick no se retiró de Francia vencido y roto; se retiró por su propia entera voluntad, cuando aún hubiera podido arremeter con los revolucionarios y perpetrar su irrupción; se retiró porque la comunidad parisién le diera 30 millones de francos para pagar sus deudas innumerables, los cuales 30 millones se habían reunido robando el joyero y el guarda muebles de la Corona. No comprendían aquellos infelices que los condenaba la Providencia y que atrás los impelía el progreso. La revolución tuvo cuatro siglos de premisas y fué corolario lógico de la invención del nuevo mundo, del Renacimiento, de la Reforma, de la filosofía, de las emancipaciones sucesivas realizadas por Helvecia, por Holanda, por Inglaterra, por todos los redimidos. En virtud de semejante ley, la revolución desbordó por las fronteras francesas y conquistó el espíritu de aquellos pueblos que se creían más enemigos del genio y del nombre francés. El día 23 de Octubre tres salvas de artillería anunciaban desde las alturas de Longwy que había concluido la invasión y se había salvado Francia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



## ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE COMPRENDE

EL

### TOMO SEGUNDO

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO	
El terror y sus dolores al establecimiento de todas las instituciones europeas . . . . .	3
CAPÍTULO SEGUNDO	
Tránsito de la primera á la revolución francesa. . . . .	85
CAPÍTULO TERCERO	
La guerra europea. . . . .	103
CAPÍTULO CUARTO	
Guerras y reveses. . . . .	131
CAPÍTULO QUINTO	
El alma de Madama Roland. . . . .	155
CAPÍTULO SEXTO	
La gran crisis. . . . .	185
CAPÍTULO SÉPTIMO	
El ejército y el clero bajo la gobernación girondina. . . . .	217
CAPÍTULO OCTAVO	
La filosofía de la libertad . . . . .	255
CAPÍTULO NOVENO	
El cristianismo á comienzos del siglo XIX. . . . .	269
CAPÍTULO DÉCIMO	
La reacción religiosa en principios del siglo XIX. . . . .	295
CAPÍTULO UNDÉCIMO	
Conciliaciones en el protestantismo alemán . . . . .	313
CAPÍTULO DUODÉCIMO	
Luchas entre las escuelas históricas y las escuelas racionalistas. . . . .	325
CAPÍTULO DÉCIMO-TERCIO	
Diferencias de las revoluciones y las reacciones religiosas entre germanos y latinos. . . . .	341
CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO	
Paso desde la monarquía constitucional á la República. . . . .	383
CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO	
Paso desde las manifestaciones á la revolución. . . . .	427
CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO	
El ejército revolucionario y los ejércitos realistas. . . . .	481